

LA SOLIDARIDAD NACIONAL

La solidaridad nacional no es virtud de la Nación política, sino de la Nación histórica, en tanto la solidaridad como virtud no es algo impuesto sino voluntario, consentido. Sin embargo, un Estado Anarquista no puede



sentido es que la excite el PSOE que además de socialista se presenta como un partido español (la E). Los partidos nacionales ya han hecho bastante daño a la Nación exacerbando los sentimientos particularistas con sus juegos parti-

distas en Vascongadas o en Cataluña especialmente, por no hablar de su falta de sentido político en general. Mientras el PP ataca sutilmente los sentimientos religiosos, un componente esencial de la Nación histórica española, el PSOE subvierte la solidaridad nacional. ¿Es que el PSOE trata de fomentar ahora un nacionalismo aragonés y de rechazo un nacionalismo murciano, como ya ha hecho y sigue haciendo en Galicia? Parecía que el PSOE empezaba a renovarse insistiendo en la «E», pues en la «O» no puede creer nadie con sentido común, salvo gentes incapaces de discernimiento, con lo que se configuraría como una alternativa sería de gobierno. Pero este ejemplo y otros que podrían traerse a colación evidencian que no es así. Y que unos y otros, cada uno a su manera, están en contra de la sociedad y de la Nación, aunque sea inconscientemente.

Dalmacio NEGRO

PORQUE SÍ Y PORQUE ES ASÍ

CURAS VIOLADORES

La noticia brutal de los abusos sexuales a religiosas, por parte de religiosos, en África, ha provocado, en estos días, titulares desmesurados y hasta escarnecedores, como el que encabeza esta gaceta. He vivido algunos años en África; en el África negra: en Senegal y en Guinea Ecuatorial, aunque viajé abundantemente por todo el continente, como corresponsal de Efe. Y yo, que, como León Felipe, el poeta de Tábara, sé pocas cosas, es verdad, y digo tan sólo lo que he visto, he visto allí, día tras día, a misioneras y misioneros dedicados a la Justicia, al Evangelio de Teresa de

Calcuta, para hacer más llevadero el dolor a la negritud escamecida. Lo sucedido a esas religiosas, ni tiene pase, ni debe ocultarse. Pero cada cosa en su sitio. No podemos, porque algo tan cruel haya sucedido, tergiversarlo todo. Sería horriblemente injusto. Y yo no quiero serlo con esas decenas de miles de misioneras y misioneros que tantas lecciones de humanidad y misericordia me dieron, y que me ayudaron siempre, mientras viví en el África negra.

Jesús FONSECA



a quedarme aquí, en este Madrid vacío cuyas calles me incitan a pasear sin rumbo fijo, contemplando unos edificios que tengo la sensación de descubrir por primera vez cuando me doy cuenta de que habitualmente camino a

total prisa con la mirada perdida y la mente absorta en ese instante inminente que nunca acaba por llegar. Y es que a fuerza de avanzar vertiginosamente, he acabado por olvidar en dónde vivo y me encuentro en una tesitura en la que mi único afán es contemplar las nubes que empujadas por el viento atraviesan mi ventana, escuchar esa lluvia que repiquetea en los cristales o adormecerme frente al dorado atardecer que oscurece poco a poco el aire frío que viene del Guadarrama. Ha llegado la Semana Santa y todos se han marchado a alguna parte dejándome solo con el sosiego necesario para recordar aquellos tiempos en los que la vida se detenía en toda España al son de las procesiones. Cuando no había más remedio que involucrarse en las conmemoraciones que se inician bajo las palmas del Domingo de Ramos y que por la vía de los hermosos oficios del Jueves y del Viernes santo nos conducen a interrogarnos sobre el misterio de esa Resurrección que, nos pongamos como nos pongamos, a todos nos tiene en vilo. Quizás la piedad colectiva y oficial de entonces llegaba en algún punto a resultarme fastidiosa y agobiante, sin embargo hoy echo de menos aquellos tiempos en los que vestido de nazareno recorría las calles de la Andalucía paterna con un cirio en la mano, como el Don Guido de Machado. Cuando el redoble de tambores y el son de los clarines cesaban bruscamente, detenidos por el silbar de una saeta que tras atravesarnos el alma nos hacía recuperar bruscamente la fe del carbonero, la única forma de llegar a ese Dios que aquí en Occidente tratamos tan vanamente de intelectualizar. A diferencia de esos musulmanes que los muecines interrumpen varias veces al día en su actividad cotidiana con su llamada a la oración o de los judíos que, desde que se levantan hasta que se acuestan, viven la sumisión permanente a la voluntad divina siguiendo los laberínticos vericuetos del Talmud o más sencillamente «La Mesa puesta» de Josef Caro, ese judío hispano que desde el siglo XVI dio sentido a cada uno de los actos que realizamos en el curso de una jornada ordinaria. Hermoso ejemplo que nos es desgraciadamente cada vez más ajeno a quienes estamos tan ocupados bregando en la penosa tarea de mantener a costa de lo que sea nuestro sacrosanto nivel de vida. Pero es Semana Santa y el tiempo se detiene al paso de las procesiones que atraviesan el Madrid de los Austrias. Y una vez más nos acordamos de que, incluso en plena posmodernidad, el camino hacia lo trascendente pasa por redescubrir el sentido de lo rutinario, lejos del mundanal ruido pero cerca de ese corazón que aunque no nos demos cuenta nunca ha dejado de latir dentro de nosotros.

Bruno AGUILERA

